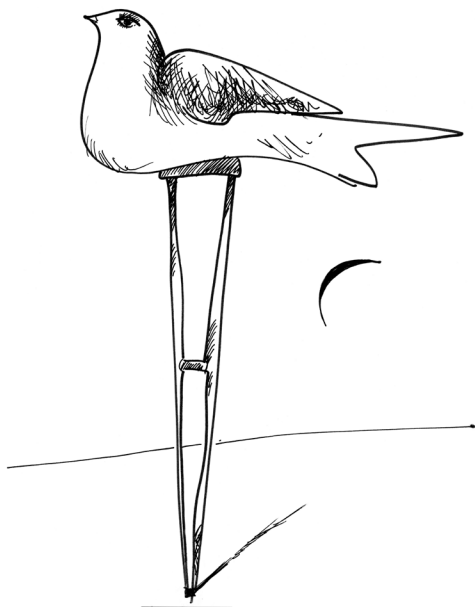


Sergio Ramírez
HOLA, SOLEDAD



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Sergio Ramírez*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*

Cedida por Fundación Rafael Pérez Estrada

Autor: *Sergio Ramírez*

Título: *Hola, Soledad*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

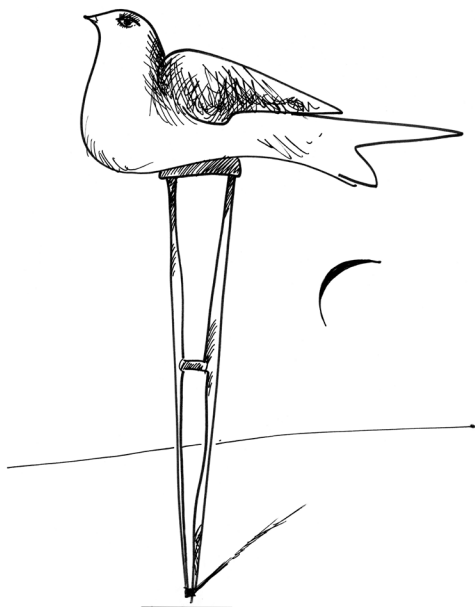
Depósito legal: *MA-595-2020*

ISBN: *978-84-17974-74-9*

Málaga 2020

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

Sergio Ramírez
HOLA, SOLEDAD



Canto que emiten los pájaros: trino. Encadenamiento fatal de sucesos: destino. En la noche calurosa, su mano humedecía de sudor la página del Libro de Oro de Crucigramas, y, como siempre, se llevaba el lapicero a la boca para morderlo mientras buscaba las palabras. Su cabeza vivía llena de palabras horizontales y de palabras verticales. Y de letras de boleros de antes del diluvio universal, aquellos que interpretaba el vocalista de la orquesta de los hermanos Cortés imitando a Rolando Laserie, en las tertulias dominicales del Club Social donde una aprendía a bailar con los primos o con los noviecitos. Canciónailable de ritmo lento: bolero.

Vuela mariposa del amor, juguete del destino, un tocadiscos automático su cabeza tocando boleros, como el que Eduardo le había comprado recién pasada la boda, para que no te aburrás cuando estés sola, Soledad. Como entonces, cada *long play* de la pila cae sobre la tornamesa y da vueltas raspando la aguja en su cráneo, yo soy un pájaro herido que llora solo en su nido porque no puede volar.

La colmaba el desasosiego que la hacía impulsarse en la mecedora buscando que el vaivén fuera a calmarla, un ave de alas que el vendaval rompió, sola, sin hijos, sin padres, sin amigas. Y encima se llamaba Soledad. María Soledad. Dejó de mecerse, y los balancines se quedaron quietos bajo su peso.

Las nueve de la noche. Había resuelto permanecer en la salita de estar donde veía televisión, hacía crucigramas y a veces bordaba en punta de cruz. Medias de seda, zapatos de charol negro de medio tacón, una falda negra y una blusa blanca planchadas a la carrera. Seguía lloviendo en ráfagas que soplaban contra la casa de corredores abiertos anegándolos.

En la cocina continuaba el ajetreo. Los meseros de la funeraria habían traído bandejas de madera, una jaba con tazas y escudillas suficientes, y una percoladora con capacidad de 50 tazas. En la sala de visitas, una vez desalojados los muebles, toda la vida metidos en sus fundas plásticas porque nadie se sentaba allí, los operarios claveteaban para instalar el catafalco, colocaban la peaña, el cortinaje, el Cristo Crucificado de yeso. El cadáver llegaría a las diez.

Te seguiré hasta el fin de este mundo, te adoraré con este amor profundo. Que tiene el fondo muy distante de la boca o cavidad: profundo. Deja atrás ya los sesenta, pasada de peso, nada de pilates, nada de salones de belleza, nada de cremas rejuvenecedoras, abandonada de sí misma en el encierro de la casa que desde fuera parece deshabitada, salvo esta noche cuando se halla llena de extraños. Asida a los brazos de la mecedora ahora quieta retrocede con cautela hacia la neblina del ayer perdido y se ve en su dormitorio de la casa paterna, un caserón de tres patios en el barrio San Juan:

Van a ser las dos de la madrugada, tiene diecisiete años y está a punto de tomar la decisión de su vida. Siente un palpito en el estómago y de pronto unas ganas de vomitar provocadas por el miedo, que se aplacan solas. El dormitorio huele a Flit porque cada noche una empleada va de cuarto en cuarto fumigando los rincones con una bomba manual. El mosquitero de la cama de dosel se halla recogido con sus lazos de organdí en cada uno de los cuatro pilares. Su camión está tendido sobre el cobertor rosado.

En la mesa de noche, en el bolso de piel de lagarto, el pasaje de la KLM Managua-Panamá-Willemstad-Amsterdam-Ginebra, la libreta de cheques del viajero que se cierra con un broche, el pasaporte nuevo con sus páginas limpias salvo la que tiene estampada la visa suiza, y sobre el tocador el neceser donde van la vanidad de concha nácar, el lápiz labial rosa tenue, el lápiz de cejas, las pastillas de Graval para el mareo en precaución de las bolsas de aire. Junto a la puerta las valijas de color celeste. El neceser, también de color celeste, se refleja en el espejo ovalado.

La salida rumbo a Managua su papá la ha fijado para las cinco de la mañana porque hay más de una hora por carretera desde León y a las ocho sale el vuelo del aeropuerto Las Mercedes. Tíos, primos, compañeras de colegio van a ir a despedirla en comitiva. Me voy, no me voy, me quedo, no me quedo.

Eduardo tenía treinta años, un hombre hecho y derecho. Huérfano de padre desde los quince, a esa edad se hizo cargo de la finca en Telica. Le iba bien en las siembras de algodón, él lo cosechaba y mi papá se lo recibía en rama en la desmotadora y lo exportaba, un buen trato para ambas partes, un joven correcto, esforzado, para qué, decía mi papá, llegaba a la casa a liquidar cuentas y a recibir los cheques de pago, así lo conoció, así se enamoraron.

Muy correcto, muy esforzado, pero lo que no tenía era apellido. ¿Por qué, Señor, los seres no son de igual valor? Al darse cuenta del noviazgo su papá acabó con el trato del algodón, nunca más vuelve a poner los pies en mi casa, pedazo de mierda igualado, qué sé yo qué pata puso ese huevo, y a ella la había recluido interna en el colegio de las monjas de La Asunción, pero Eduardo le hacía llegar sus cartas clandestinas a través de la maestra de dibujo y perspectiva, a la que él volvió su cómplice.

Eran cartas rudas pero súper amorosas, y en ellas echaba mano sin ningún recato de los cancioneros y de las poesías de El Tesoro del Declamador, siempre escritas con tinta verde, nunca se detuvo ella a averiguar por qué escribía con tinta verde; y ya fuera del internado, después de bachillerarse, le siguió escribiendo a través de la misma maestra de dibujo que tenía vía franca en la casa, y en la última, la antevíspera del viaje, le decía amor te venís nada más con lo que andés puesto, dejás todo, ropa, lo que sea,

no se te ocurra traer ni un centavo, menos los cheques de viajero que me dijiste que fue tu papá a comprarte al banco, rompelos en pedacitos, no quiero que nadie diga que a mí lo que me interesa es su dinero, ese señor igual que te puso interna como una prisionera por el solo delito de amarme, te quiere separar de mí sólo que ahora mandándote bien lejos, no sé nada de Suiza más que es el país donde hacen los relojes de pulsera, tu papá podrá tener millones pero yo te tengo a ti, es cierto que vas a causarles un dolor y lo mismo a tu mamá que es igual de orgullosa y también me ve de menos, pero más me lo han causado ellos a mí con su rechazo porque yo tengo mi dignidad y tampoco soy ningún mendigo ya que puedo darte una vida holgada y decente, voy a estar esperándote en la esquina del billar que está a dos cuerdas de tu casa a las dos de la mañana en punto, hubiera querido llevarte al altar en la capilla del colegio y que dejaras tu ramo de novia al pie de la Virgen como vos decís que es tu ilusión pero no todo lo que uno quiere en la vida se puede y de todos modos nos va a casar el cura en Telica que fue amigo de mi papá, si no aparecés ya sé que no tuviste valor y no te culpo y entonces que te vaya bien en tu Europa, que te hallés tu príncipe de la realeza, nunca volverás a saber una palabra de mí, y hacé entonces de caso que no existo.

Salió sigilosa de su cuarto dejando todo atrás, cartera pasaporte cheques del viajero neceser valijas ni una prenda de ropa, todo como él mandaba y quería, caminó al

tanteo en la oscuridad hasta alcanzar el segundo patio donde estaban los cuartos de las sirvientas y llegó al tercer patio sembrado de mangos y caimitos, quitó la tranca del portón trasero y salió a la calle, caminó las dos cuabras y allí estaba él de traje oscuro y corbata sentado en las gradas de la puerta del billar bajo el resplandor amarillo de la luminaria fumando un Esfinge. Era extraño verlo vestido así a esas horas y en ese lugar pero iba casarse y no podía andar de cualquier manera, aunque ella, por su parte, de dónde iba a sacar un vestido blanco, el velo, la corona de azahares.

De pronto la vio, se levantó, botó el cigarrillo sin apagarlo, recogió el pañuelo que había puesto para sentarse, siempre hacía lo mismo, en la banca del parque Jerez se sentaba sobre el pañuelo cuando llegaba los sábados al mediodía a divisarla aunque fuera de lejos pues le tocaba salida, no se atrevía a acercarse porque el chofer mal encarado, sin quitarle ojo, fiel como un doberman a su patrón, sostenía abierta la puerta del Oldsmobile para que ella entrara.

Me acerco a paso lento. Eduardo no viene a mi encuentro, no sonrío. Nos miramos. No nos decimos nada. El nudo de su corbata está mal hecho, los picos del cuello levantados pero no me atrevo a arreglárselos. No me atrevo a tocarlo. A la vuelta de la esquina tiene parqueado su jeep, el jeep de sus viajes a la finca, sin toldo, un cajón al aire libre, puras latas, las llantas enlodadas, me

siento a su lado, arranca y agarra velocidad por las calles desiertas rumbo a la avenida Debayle, el viento me golpea la cara y a mí me embriaga la felicidad aunque también me embriaga el miedo, miedo al futuro incierto, miedo a la felicidad misma, y un pesar, una gran tristeza, porque atrás quedaba para siempre mi casa oscura y en silencio donde estaban mis papás dormidos con el despertador de números fosforescentes puesto a las cuatro de la mañana, una hora para bañarse y alistarse y desayunar algo rápido antes del viaje. Todo tiene su castigo, pensaba, esto no se va a quedar así, este atrevimiento mío me va a costar un día lágrimas de sangre.

Mi papá me aplicó para siempre la ley del silencio, hay que entenderlo a él, decía mi mamá, que ella sí venía a verme en secreto al reparto Fátima, a esta casa que Eduardo había construido con las ganancias del algodón sin necesidad de prestarle ni un solo peso al banco. Hay que entenderlo a él. Él, llamaba ella a mi papá, con temor hasta de pronunciar hasta su nombre, como si fuera Dios mismo en persona bajado de los cielos, le quitaste su ilusión, tenés que entenderlo, su ilusión de ver a su hija única educada en Suiza, una hija que hablaría tres idiomas además del propio, francés, inglés y alemán como alardeaba en el Club Social delante de sus amigos entre rondas de Old Parr, al prospecto del colegio de monjas de Ginebra le prendió fuego con el encendedor, nunca se preocupó de reclamar el monto de la matrícula y el adelanto de pensión y colegiatura,

un dineral, tampoco pidió el reintegro del pasaje a la KLM, ¿y mis ilusiones quién me las reembolsa?, se quejaba al borde de las lágrimas, mentira mamá, lo que quería era separarme de Eduardo porque lo veía poca cosa para mí, no hijita, eso puede ser cierto en parte, pero la ilusión que tenía no se las negués, si lo vieras, es otro, los pantalones se le caen de tan flaco, si le hablás tarda en contestarte como si estuviera en la luna de Valencia, la tranquilidad de espíritu ya no se la devolvió nadie desde aquella madrugada cuando sólo encontramos la cartera de charol en la mesa de noche, el juego celeste de valijas junto a la puerta, el neceser sobre el tocador, el trajín, preparándonos para el viaje al aeropuerto y ya no estabas en la casa, no está por ninguna parte señora, habías abandonado el hogar paterno al amparo de la noche como una cualquiera. Una ramera, fue la palabra que él había usado.

Su internado en el colegio del Sagrado Corazón en Lausana fue esta casa a la que recién casados se pasaron todavía sin terminar, toallas en las ventanas en vez de cortinas, los idiomas que aprendió fueron desengaño, rabia y tristeza, ahora ya ni se acuerda de qué color habían sido aquellas ilusiones que de todos modos son siempre color de rosa tal como las pintan en los boleros que se bailaban pegadito, se entregó a él en un motel de la carretera a Chinandega después de la boda, por lo menos eso, una boda por la iglesia, entraron sigilosos como ladrones al templo parroquial de Telica para que el cura, de mal genio por

causa del desvelo, los casara en la sacristía que olía a cuita de murciélagos, y mientras vivieron en la finca, en la casa de tablas blanqueadas donde se respiraba toxafeno porque allí mismo almacenaban los barriles de insecticida para la fumigación que hacían las avionetas, Eduardo puso dos hombres armados en el portón, no fuera que a ese señor se le ocurriera alguna violencia y viniera a querer llevarte a la fuerza y entonces podía correr la sangre de ambos lados y sería una desgracia porque ni manco ni coto soy.

Y yo, en lugar de angustia y miedo por lo que pudiera pasar si mi papá, que de verdad tenía un carácter violento, se presentaba a buscarme, me sentía más bien protegida entre los brazos de Eduardo y ya podía venirse el mundo encima, olvidados del mundo, del tiempo y de todo, a mí que me importaba lo demás, aislada de mis amigas que desaparecieron para siempre, cero tertulias en el Club Social, cero baby showers, cero té canastas, para qué necesitás a esas tufosas, se reía Eduardo, conmigo en el mundo tenés más que suficiente.

Y mi papá, la soberbia en persona, le he suplicado, hijita, qué te cuesta un gesto, una palabra, pero él, cerrado, aquí que no vuelva, hacía de cuenta que nunca tuve una hija, o si la tuve está muerta, mi mamá lloraba al decírmelo y yo también lloraba, ya estaba embarazada y cuando el niño nació pensé que hasta allí llegaría la furia de su rencor pero no fue así, nunca vino a conocer al niño, y a los pocos

meses le dio el derrame que lo dejó parálítico en la cama y fui yo la que entonces quiso ir a verlo, me mordía la culpa en el fondo del alma, a lo mejor yo era la causante de su mal, y Eduardo, cómo se te ocurre semejante dislate.

Comprensivo, me llevó en su jeep, ahora era un Land Rover nuevo, y me dejó a dos cuadras, en la misma esquina del billar donde me había recogido la noche en que nos fugamos, entrás sola, aquí te espero porque yo no me expongo a ninguna humillación. Entonces traspuse la puerta cargando al niño y la bolsa con los pañales y las biberones, una casa que me parecía ya tan extraña como si nunca hubiera vivido en ella, me recibió mi madre muerta de congoja al verme, hizo de tripas corazón y fue al aposento a decirle a él que allí estaba yo, tenía que escribir en una pizarrita de niño de escuela lo que quería decir porque el habla la había perdido, balbuceos nada más, puso aquí en la pizarra que te volvés por el mismo camino que has venido, “ya la lloré y ya la enterré”, y yo gemía con el niño en brazos, andá otra vez, decile que no sea ingrato, que soy sangre de su sangre, que me deje verlo, y fue mi mamá, borró ella lo escrito en la pizarra para que pudiera escribir de nuevo, regresó, que está bien, que podés acercarte a la puerta del aposento, que podés verlo desde la puerta, y que una vez que lo hayas divisado te vas. Y cuando me paré en el umbral cargando al niño, él, recostado sobre las almohadas en una cama de hospital, la cara y las manos lívidas, la boca abierta de la que le caía la baba, oliendo de

lejos al agua de colonia con que lo friccianaban después de bañarlo cada día, no abrió los ojos. No quiso abrirlos. Lo vi pero él no me vio. Y murió sin conocer a su nieto.

Un padre que te declara muerta en vida. Un hijo que se me murió al año de nacido. Un marido que apenas habían pasado seis meses de vivir juntos, yo con mi embarazo, y al volver en la noche le sentía el tufo de otra mujer. Me armé de valor, le reclamé. Es cierto, me dijo, te soy sincero. Te estoy engañando, pero nada puedo hacer contra eso, quise dejarla pero no pude, hice el esfuerzo, pero no pude. Y no es que la encontré en mi camino después que nos casamos, ya existía desde antes, quiero que sepás. Y seguirá existiendo. Ése era aquel por quien lo dejé todo en la vida. Casa, padres, estudios en Suiza, herencia. Porque mi papá me desheredó.

Por qué fui dócil, por qué no le arañé la cara, por qué no cogí camino en la oscuridad como cuando abandoné mi hogar. Me puso la mano en el hombro, la mantuvo allí, una mano cálida, pesada, el reloj de pulsera metálica entre los vellos enmarañados de la muñeca. Pidió su cena y por qué dije que se la sirvieran, por qué me senté a su lado a verlo comer, por qué le pregunte si iba a tomar café, como si nada.

No me abandonó y eso fue lo peor, que no me abandonara. Me hizo acostumbrarme. Salía para donde la otra y yo lo sabía. Se bañaba, se perfumaba, como si fuera a una

visita de novios. A veces me traía de regalo un bonito vestido. Lo habrá escogido ella, pensaba yo. Luego al domingo siguiente me lo ponía para que él me lo viera. Un día no aguante más y se lo conté todo a mi mamá. Me arrojé en sus brazos llorando, necesitada de consuelo. Ay, hijita, me dijo, los hombres, si vieras a tu papá, nadie iba a creerlo, los dolores de cabeza que me dio con sus infidelidades, pero para qué contarte, no quiero revivir esas penas, conformate con las tuyas que así son ellos y no hay quién los componga.

Hasta hoy que vinieron a avisarme que le dio un infarto en la casa de la otra. Todavía no había empezado a llover cuando apareció el chofer, muy asustado con la noticia, era él quien lo llevaba y lo traía de esta casa a la casa de la otra. No he tenido nunca ninguna confianza con ese chofer, buenos días, buenos noches y se acabó, era su cómplice y por eso ahora se mostraba nervioso, a lo mejor esperaba verme llorar pero no me salía el llanto, y por primera vez en mi vida hice valer mi autoridad con él, vaya por favor a la funeraria Heráldica y que se hagan ellos cargo de traerme el cadáver ya preparado, escoja usted el ataúd, les dice que vengán a armar el catafalco aquí en la sala, vea si ellos mismos se hacen cargo del servicio para la vela, el café, los sándwiches, el pan dulce, y mañana temprano va al cementerio a arreglar lo del terraje y se encarga también de buscar los albañiles, sí señora respondía a cada rato, sí señora, y ya se iba de prisa a cumplir mis instrucciones cuando lo

detuve. Espérese, tiene que llevar la ropa con que lo van a vestir, y fui al cuarto, saqué del closet un pantalón oscuro, camisa blanca, ropa interior, calcetines, zapatos, y le entregué todo, traje entero no tenía, desde la boda no volvió a ponerse otro. Señora, me dice el chofer, zapatos no se le ponen a los muertos. ¿Quién ha dado esa ley?, le respondí, y él se fue con la mudada sin decir nada más.

Entonces volví al cuarto, me vestí en debida forma porque todo el día me la paso en chinelas y en bata, y ahora estoy aquí sentada, esperando. El último Libro de Oro de los Crucigramas está casi lleno, solo tengo unos cuantos pendientes en las últimas páginas. Antes hacía los de los periódicos y los de Vanidades y Glamour, pero no me duraban nada así que me pase a los libros, hay rimeros de Libros de Oro terminados en una cómoda. Palabras de cajón que con el tiempo me he ido aprendiendo de memoria y así la diversión pierde gracia, pero con cualquier cosa hay que engañar la soledad, los crucigramas, la televisión, sobre todo desde que Eduardo contrató el servicio de cable y además de las novelas me entretienen la vida de los animales, los muñequitos animados, los concursos de sabiduría, los shows de cocina. Y los boleros en el tocadiscos, que rondan eternamente mi cabeza.

Se van acercando las diez de la noche. Ha comenzado a escampar. Afuera se empieza a oír el ruido de vehículos, motores que se apagan. Dentro de la casa se oyen voces,

cada vez más voces. Traen coronas. Vuelve a mecerse, empujándose con los pies. Ha comenzado a invadirla una cierta somnolencia, los párpados se le cierran pesados de sueño. Tendrá que pedir a uno de los meseros de la funeraria que le traiga un café. Para cuando el carro fúnebre llegue tiene que esperar el ataúd en la puerta. Mientras tanto, acerca el libro de crucigramas, toma el lapicero. Palabras verticales. Túmulo funerario: catafalco. Palabras horizontales. Carencia voluntaria o involuntaria de compañía: soledad.



*Este ejemplar se terminó de imprimir en la ciudad de Málaga,
bajo la inspiración de **Euterpe**, musa de la música. Al
cuidado de esta edición Librerías Proteo y Prometeo.*

Málaga, 2020

Sergio Ramírez

(Masatepe, Nicaragua, 1942).

Su novela *Castigo divino* (1988) obtuvo el Premio Dashiell Hammett en España, y el Independent Press Award, Nueva York, 2017. La siguiente, *Un baile de máscaras*, ganó en Francia el Premio Laure Bataillon a la mejor novela extranjera en 1998. *Margarita, está linda la mar* ganó el Premio Alfaguara en el mismo año, además del Premio Latinoamericano José María Arguedas, otorgado por Casa de las Américas en Cuba (1999). Su novela *Sara* ganó premio Bleu Metropole en Montreal, Canadá, (2013). Premio Iberoamericano de Letras José Donoso por el conjunto de su obra literaria (Chile, 2011). Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en Idioma Español (México, 2014). Premio Miguel de Cervantes (2017).

Su obra ha sido traducida a más de quince idiomas.

